

RECENSIONES

La nueva edición del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, vol. II: *Inscriptiones Hispaniae Latinae*.

Corpus Inscriptionum Latinarum. Consilio et auctoritate Academiae Scientiarum Berolinensis et Brandenburgensis editum. G. Alföldy, M. Mayer y A. U. Stylow (eds.), *Corpus Inscriptionum Latinarum*, vol. II: *Inscriptiones Hispaniae Latinae. Editio altera. Pars XIV: Conventus Tarraconensis; fasciculus primus: Pars meridionalis conventus Tarraconensis (CIL II²/14), fasc. I.* Ediderunt G. Alföldy, M. Clauss, M. Mayer; adiuvantibus J. Corell, F. Beltrán, G. Fabre, F. Marco, I. Rodá. Berlín, 1995, XXX+167 p., 13 tab. phot., IV tab. geog., microfichas.

En 1901, el erudito polígrafo malagueño Manuel Rodríguez de Berlanga dedicaba una extensa crónica a llorar la muerte de su amigo Emil Hübner. La necrológica, que adopta el aspecto formal de un rápido repaso por la obra del sabio alemán mezclado con muchos recuerdos personales, constituye una de las pocas referencias que se hicieron en la bibliografía española sobre tan triste pérdida¹. Lamentaba Rodríguez de Berlanga el carácter inconcluso de la tarea de Hübner en España, en donde al parecer se disponía a redactar una memoria sobre los hallazgos del *Tajo Montero*, cerca de Estepa, cuando le sobrevino la muerte.

Al otro lado de los Pirineos, en el prólogo a los *Addimenta* de CIL II publicados en *Ephemeris Epigraphica* 9 en 1903, Hermann Dessau lamentaba la misma pérdida que había dejado interrumpida una tarea de actualización epigráfica que él mismo, con la ayuda de R. Hübner, el hijo del epigrafista, se disponía a concluir con aquel suplemento, parcialmente preparado en vida por el difunto sabio alemán.

A comienzos de este siglo, el año de la muerte de Hübner, la primera edición del CIL II había cumplido ya 32 años y casi 10 el *supplementum*; aunque las actualizaciones en *Ephemeris Epigraphica* venían ocupándose de los nuevos hallazgos y de las oportunas correcciones de textos ya conocidos, en los primeros veinte años de esta centuria el volumen de epígrafes fue creciendo de forma importante hasta rebasar con

creces las más optimistas previsiones. Tal crecimiento no fue accidental, sino consecuencia del interés despertado por la edición hübnneriana del propio CIL II y el impulso dado desde la Real Academia de la Historia por Fidel Fita.

Por toda la geografía peninsular surgieron estudios eruditos, las más de las veces sólo encaminados a ensalzar glorias patrias, que hicieron aflorar, con mayor o menor rigor, viejos epígrafes latinos arrumbados en casas de campo o reutilizados en construcciones modernas. Hübner no sólo había realizado una titánica labor de compilación y valoración, sino que había sembrado la semilla para convertir la Epigrafía en una disciplina histórica en la investigación española.

Algo más de noventa años después de su muerte, y casi los mismos desde el último suplemento de *Ephemeris Epigraphica*, el volumen de inscripciones romanas de la península ibérica casi se ha triplicado, enriqueciéndose además con miles de pequeñas y grandes correcciones a los textos anteriores, y con la edición de rescriptos, *leges, epistolae*, nuevas evidencias de cultos, etc., por no citar la interminable nómina de títulos funerarios que pueblan ahora nuestros ficheros.

Tan riquísimo repertorio acaba de hacer su entrada en la bibliografía con el primero de los fascículos de la esperada *editio altera* del *Corpus Inscriptionum Latinarum: Inscriptiones Hispaniae Latinae*, una herramienta de trabajo que, sabida imprescindible, ha constituido un empeño constante desde los viajes a la península ibérica de L. Wickert en 1928 y 1931. Surgida de la pluma de G. Alföldy, M. Clauss y M. Mayer, con la ayuda de algunos colaboradores españoles y franceses, la nueva edición del CIL II supone la culminación de una empresa que sólo el empeño personal de editores y autores ha podido sacar adelante tras sinsabores y esperas que ya se pueden considerar históricos.

La historia de esta *editio altera* es sobradamente conocida y ha sido ya relatada por sus protagonistas², por lo que no es necesario repetirla en detalle. Conviene sin embargo recordar que han pasado cerca de setenta años desde que L. Wickert redactara sus primeras *schedae* para lo que en principio se había planteado como un *supplementum* a la obra de Hübner; primero la guerra civil española, que obligó a interrumpir la encuesta, y luego la segunda guerra mundial, que truncó las expectativas editoriales, darían al traste con una empresa que tenía visos de concluir con éxito y que habría servido para adelantar en dos generaciones una tarea tan necesaria. El trabajo de Wickert recibió un nuevo impulso a partir de 1958 con la creación de la *Colaboración Española al CIL (CECIL)*, surgida del empeño de J. M.^a de Navascués y S. Lambrino por concluir aquella tarea; como otras empresas de aquella etapa, las insuficiencias financieras y las dificultades de coordinación reducirían el proyecto a pequeños logros individuales que no llegarían a materializarse en una edición.

¹ A las citadas por P. Le Roux en «E. Hübner ou le métier d'épigraphiste» (*Epigraphie Hispanique. Problèmes de méthode et d'édition*, Paris 1984, p. 17, nota 12) deben añadirse dos más: M. Rodríguez de Berlanga, «Aemilio Huebner, doctori clarissimo professori eruditissimo rerum omnium scriptor ignotissimus», *Revista de la asociación artístico-arqueológica barcelonesa* III, n.º 26, 1901, pp. 185-210; *id.*, «Ampliación a la nota necrológica hübnneriana inserta en esta revista», *ibid.*, III, n.º 28, 1901, pp. 313-321.

² A. U. Stylow, «CIL II *supplementum* 2. Proyecto y estado actual», *Epigraphie Hispanique. Problèmes de méthode et d'édition*, Paris 1984, pp. 365-368.

Pese a las dificultades surgidas en aquellos años, la necesidad de un repertorio epigráfico actualizado, fuera de las crónicas regulares aunque incompletas de *L'Année Epigraphique*, era un anhelo compartido que se materializó ocasionalmente tanto a nivel particular como a nivel público. Así surgieron empresas como el fichero epigráfico impulsado en Heidelberg por G. Alföldy, que sirvió de base para el primer desarrollo de esta *editio altera* que estamos festejando, o el loable aunque insuficiente empeño editorial de *Hispania Antiqua Epigraphica*, que concluyó pronto y que omitió la necesaria evaluación crítica de los epígrafes que publicaba.

A partir de 1981 los planes para la elaboración de un nuevo *supplementum* al CIL II entraron en una senda de trabajo constante, con el respaldo institucional y económico suficiente para llevarlo a buen puerto.

En aquellas fechas, A. U. Stylow y un grupo de jóvenes colaboradores españoles ocuparon una dependencia del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, en donde se llevó a cabo la paciente recopilación bibliográfica de cuantas publicaciones se habían ocupado de los epígrafes romanos peninsulares. Aquellos ficheros, ubicados en un piso de la calle Serrano cerca de la sede del Instituto, fueron en uno u otro momento meca de peregrinación para muchos de nosotros, que recurrimos a aquella exhaustiva información para realizar diferentes trabajos. Incluso en aquella fase previa en la redacción del nuevo CIL II, la extrema generosidad y hospitalidad de Armin U. Stylow, coordinador de esta empresa editorial, y de sus colaboradores, significó un apoyo indispensable para muchos investigadores. En aquel fichero central, hoy trasladado a Múnchen y duplicado para la redacción de *Hispania Epigraphica* en Madrid, se fue compilando la historia de la investigación española, al tiempo que cuantos en alguna ocasión nos acercamos allí pudimos recibir el siempre enriquecedor magisterio de su director.

Mientras en Madrid se llevaba a cabo esta tarea previa y necesaria, los responsables de las diferentes provincias peninsulares realizaban un seguimiento sobre el terreno de los epígrafes. Viajes, visitas a los museos e instituciones, seguimiento de inscripciones en propiedad de particulares, consulta de manuscritos, etc. jalonan un trabajo que el tiempo ha demostrado fructífero y que se ha materializado ahora en este primer fascículo del nuevo *corpus* de las *Inscriptiones Hispaniae Latinae*; concebido originalmente como un *supplementum*, el volumen de las novedades y de las correcciones a realizar sobre viejas lecturas de inscripciones fue modificando el objetivo hasta aconsejar una *editio* completa de todas las inscripciones.

En la línea prevista por sus editores, esta primera entrega, dedicada al sur del *conventus Tarraconensis* presenta una importante novedad con respecto a la antigua edición, y es la inclusión de todos los textos anteriores al año 711 d.C., rebasando el criterio de estricta romanidad empleado por Hübner en las ediciones de 1869 y 1892, que relegó los textos cristianos a un volumen aparte (1871) con su correspondiente *supplementum* (1900).

Junto a esta ampliación del horizonte cronológico, el nuevo CIL II presenta otras tres novedades no menos significativas: se ha dejado de lado la transcripción de los textos en letras mayúsculas, como aparecía en la edición original, para emplear únicamente minúsculas y desarrollar las abreviaturas, algo a lo que Hübner únicamente había recurrido en el aparato crítico de inscripciones complejas; en segundo lugar hay que reseñar la datación de los textos con criterios homogéneos y actuales, lejos de la exclusiva estimación paleográfica empleada por Hübner y, por fin, la inclusión de fotografías. El volumen incluye trece *tabulae* fotográficas con una selección de monumentos y una serie de microfichas con el resto de las imágenes; para estas microfichas con imposible equivalencia precisa en lengua latina se ha empleado la denominación de *bratteolae*. Frente a estos nuevos criterios se ha mantenido la tradición de los volúmenes del CIL al ofrecer una edición íntegramente traducida al latín.

Desde el punto de vista del contenido, el lector encontrará también en esta obra dos diferencias sensibles con respecto a la anterior edición; la primera de ellas es la ausencia de una descripción minuciosa de los miliarios, que aparecerán en CIL XVII y que sólo se referencian al comienzo de cada capítulo; la segunda es la desaparición de la mayor parte del *instrumentum domesticum* en el sentido hübniano del término, omitiéndose las inscripciones realizadas con medios mecánicos (sellos o moldes) pero manteniendo los grafitos; la razón de esta loable omisión estriba en la imposibilidad de garantizar en todos los casos la producción peninsular de este tipo de objetos, siendo más aconsejable dejar esta tarea para los repertorios específicos.

Desde el punto de vista geográfico, el ámbito de este primer fascículo del nuevo CIL II, al que se añadirán otros dos para completar el *conventus Tarraconensis*, incluye los territorios situados entre *Dertosa* por el norte y *Valentia* por el sur, manteniendo la misma estructura de la antigua edición, con una distribución en *territoria* coloniales o municipales. Son siete las unidades que en este espacio físico se han diferenciado, cada una de las cuales aparece identificada con el nombre de sus redactores: *Valentia* (G. Alföldy y M. Clauss), *Edeta* (G. Alföldy), *Jérica et vicinia* (G. Alföldy), *Saguntum* (G. Alföldy), *regio inter Saguntum et Leseram et Dertosam sita* (G. Alföldy), *Lesera* (G. Alföldy, F. Beltrán y F. Marco), *Dertosa* (G. Fabre, M. Mayer e I. Rodá).

El fascículo incluye un total de 857 textos, aunque la numeración sólo alcanza hasta el 814. La razón de esta diferencia estriba en la adición, incluso en 1994, de las últimas novedades bibliográficas a fin de garantizar la actualidad de esta valiosa herramienta.

Las siete unidades administrativas o geográficas empleadas para la distribución de los epígrafes ofrecen, a primera vista, serias diferencias en su riqueza epigráfica y en el valor de sus contenidos. Así, mientras la *regio inter Saguntum et Leseram et Dertosam sita* sólo incluye 12 entradas, y 11 el *territorium* de *Lesera*, *Saguntum* y su periferia acaparan una gran parte del volumen, con casi 500 textos.

Contra lo que pudiera parecer en principio, la inclusión de las inscripciones cristianas y de algunos textos bilingües anteriores al año 711 a.C. no ha incrementado sustancialmente el número de registros. De hecho, y lo advierte G. Alföldy en el prólogo (p. XVI), la mayor parte de la documentación que aquí se presenta corresponde a los siglos I y II d.C., con escasísimas evidencias de III y IV d.C. y menos aún de las centurias posteriores, en las que los textos más tardíos publicados en este volumen proceden de *Dertosa*.

La reunión de toda esta riquísima documentación en un solo volumen constituye un alivio sustancial para los estudios históricos, ya que evitará durante un buen período de tiempo la tortuosa peregrinación de los historiadores por la selva en que se ha convertido la historiografía local y regional. Tal dispersión bibliográfica, de la que casi todos en mayor o menor medida somos responsables, es una muestra del interés que los estudios históricos en general y epigráficos en particular tienen hoy día, pero constituye la más seria barrera a la que debe enfrentarse cualquier investigador. En el caso de las inscripciones de la fachada mediterránea peninsular esta situación había adquirido tintes dramáticos; sirva como muestra el caso de Sagunto y su territorio: pese a que el último *corpus* regional sólo tiene quince años de antigüedad (F. Beltrán 1980), el catálogo epigráfico se había incrementado con dos abultados estudios de G. Alföldy con ediciones y correcciones³, el conocido estudio de J.-N. Bonneville sobre

³ G. Alföldy, «Epigraphica Hispanica I. Neue und revidierte Inschriften aus Saguntum», *ZPE* 41, 1981, pp. 219-243; *id.*, «Ein Corpus der römischen Inschriften aus Saguntum und Umgebung», *AEA* 54, 1981, pp. 117-139.

los cultores *Dianae et Apollinis*⁴, los estudios de J. L. Jiménez, C. Aranegui, E. A. Llobregat o M. Olcina, por citar sólo algunos, y las numerosas crónicas de J. Corell y F. Roca en revistas como *Arsae, Fonaments, ZPE, Afers*, etc.

Siendo éste el ejemplo más evidente, la dispersión de la información no es menor en casos como el área castellanense, en donde el número de trabajos a manejar se cuenta por docenas, o en el *ager Valentinus*, en donde se carecía incluso de una recopilación inicial. En tales circunstancias, la posibilidad de disponer de toda la información en un solo volumen debe servir de trampolín para los estudios históricos de una forma tremendamente eficaz.

En el nuevo *corpus* llama la atención el elevado número de epígrafes saguntinos, tanto los procedentes del área urbana (nº 14,291-14,579) como los del *territorium* (nº 14,580-14,757), que constituyen la parte sustancial del volumen. Debidos a la pluma de G. Alföldy su cantidad y la riqueza de su contenido permiten perfilar no sólo los grandes rasgos históricos de la vida de la ciudad, sino incluso algunos caracteres de su estructura social. Merece destacarse en este sentido la observación de Alföldy (p. 61) sobre la posibilidad de distinguir dos grandes categorías en los *tituli* funerarios: los relativos a los niveles superiores de la jerarquía social y los referidos a los colectivos menos privilegiados.

El incremento de epígrafes en la periferia de *Saguntum* ha permitido individualizar cuatro conjuntos, dentro de los cuales los textos presentan manifiestas afinidades, que evidencian centros de culto o monumentos funerarios colectivos; son estos el *Monumento de la Trinidad* (p. 75, nº 14,337-14,346), el santuario de *Liber Pater de Muntanya Frontera* (p. 126, nº 14,656-14,686), el área del llamado *templo de Venus de la Muntanyeta dels Estanys* (p. 130, nº 14,687-14,708) y el santuario del Monte de Santa Bárbara (p. 135, nº 14,716-14,726).

Con un volumen de epígrafes tan importante como el saguntino, G. Alföldy ha podido extraer valiosas conclusiones sobre los caracteres formales de los textos que, sustentadas sobre una base documental tan amplia, se pueden considerar de validez regional. Llama la atención el autor (p. 61) sobre el uso corriente en las *officinae* locales de las interpunciones triangulares, cuya disposición parece tener valor cronológico, pues parece que la mayor parte de los textos en los que un vértice de la interpunción apunta hacia arriba pueden ser preflavias. Así mismo, en un epígrafe ya editado por Hübner (CIL II² 14,407 = CIL II 6031) ha podido documentar Alföldy el uso de *hederae distinguentes* a mediados del siglo I d.C.; la cronología vendría avalada por el uso de una forma como *horteis pro hortis* y constituye la más antigua evidencia de este elemento de separación, que en el resto de los enclaves de la costa es algo posterior.

En el tercer capítulo de la obra se incluyen los epígrafes del área de Jérica (Castellón) (nº 14,231-14,290a). Hace unos años G. Alföldy ya se había ocupado de hacer una primera evaluación epigráfica de esta riquísima comarca⁵ en la que debió existir una estructura organizativa de tipo municipal cuyo nombre sigue siendo desconocido. El elevado número de epígrafes y su contenido desaconsejaban claramente la adscripción del área a alguno de los núcleos próximos, por lo que hay que aplaudir la idea de individualizar esta comarca, a la espera de la evidencia que nos indique algún día el nombre de la entidad urbana correspondiente.

Mayor complicación geográfica ofrece la *regio inter Saguntum et Leseram et Dertosam sita* (nº 14,758-14,769), de imposible adscripción territorial por el momento en la que des-

taca el elevado número de miliarios frente a la relativa escasez de otro tipo de evidencias epigráficas.

En el penúltimo apartado dedicado a las grandes unidades territoriales se consagra el *territorium* de Lesera, un núcleo cuyo conocimiento debemos a un preciso estudio de G. Alföldy hace casi una veintena de años. El conjunto epigráfico reunido en esta comarca a caballo entre Teruel y Castellón es reducido, pero suficiente para determinar la existencia de la estructura municipal y conocer a algunos miembros de su élite, algunos de los cuales aparecen en el conocido monumento de Iglesuela del Cid, que los autores de este capítulo suponen debe datarse en el siglo II d.C.

En este peregrinar hacia el norte, siguiendo el orden establecido en su día por Hübner, el último núcleo que integra este riquísimo dossier epigráfico es Dertosa (nº 14,781-14,814), de la que en fecha reciente se había realizado una evaluación epigráfica a la luz de las evidencias físicas y de la información documental, pero cuyos epígrafes se publican reunidos y en detalle por primera vez. El último texto del volumen constituye un auténtico broche de oro, no sólo por la riqueza de su contenido sino por constituir la auténtica primicia bibliográfica de una inscripción anunciada en repetidas ocasiones; nos referimos a la extraordinaria estela con *carmen* epigráfico de Vinebre (Tarragona), que M. Mayer data aquí a finales del siglo I d.C.

Ya hemos aludido a que una de las novedades de esta *editio altera* es la inclusión de valoraciones cronológicas para cada uno de los epígrafes. Efectivamente, en la introducción a cada uno de los capítulos figura un apartado dedicado a establecer los criterios de datación y la tipología de los monumentos. A este respecto conviene elogiar en los editores la prudencia en la estimación cronológica; en las publicaciones epigráficas de los últimos diez años los criterios de datación en entornos regionales reducidos han alcanzado lo que podríamos considerar un cierto grado de precisión; estimaciones paleográficas, tipología de los soportes, usos y costumbres en las abreviaturas, forma de las interpunciones, etc., han permitido realizar aproximaciones cronológicas inimaginables hace dos o tres décadas.

En su aplicación a los diferentes conjuntos epigráficos que integran este fascículo dedicado a la *pars meridionalis* del *conventus Tarraconensis* los editores y autores de las diferentes entradas han establecido patrones generales de datación que no arriesgaran la longevidad de la obra. Así por ejemplo, al referirse a las inscripciones funerarias del conjunto de Jérica, G. Alföldy indica (p. 46) que el nombre del difunto en dativo se emplea desde la época flavia; la presencia de *D(is) M(anibus)* o de fórmulas como *patronae optima*, *filiae pietissima*, etc., indica que los textos no son anteriores al siglo II; las *hederae*, con excepción de un texto saguntino ya citado, aparecerían desde comienzos de esa misma centuria, etc. Aunque en la aplicación a cada uno de los epígrafes se precisan a veces estas valoraciones, parece más prudente, como en esta obra se ha hecho, establecer márgenes temporales amplios, uniformes y de aplicación general, más dráderos que las estimaciones individualizadas siempre sujetas a revisión, y más propios de una obra llamada a mantenerse viva durante varias décadas. Por otra parte, este criterio más globalizador parece abrirse camino en otras publicaciones aparecidas en fechas recientes⁶.

Tan interesantes como la datación del contenido son los criterios empleados para datar los soportes o para establecer cronologías a partir de los materiales empleados para su elaboración. Tales criterios destinados a ser de aplicación general se emplean aquí por primera vez, aunque fueran corrien-

⁴ J.-N. Bonneville, «Cultores Dianae et Apollinis (Saguntini)», *Saguntum* 19, 1985, pp. 255 ss.

⁵ G. Alföldy, «Epigraphica Hispanica 5. Inschriften aus Jérica und Umgebung», *ZPE* 54, 1984, pp. 221-245.

⁶ Cfr. por ejemplo las estimaciones de H. Gimeno y A. U. Stylow, «Juan Pérez Holguín y la arqueología trujillana», *Veleia* 10, 1993, pp. 117-177.

tes con anterioridad en conjuntos locales. Al respecto, conviene señalar el interés de las estimaciones realizadas sobre la tipología de los soportes saguntinos, la datación empleada para los pedestales de los diferentes centros o la valoración cronológica del uso de materiales específicos como el *Jaspi de la Cinta (brocatello)* en *Dertosa*.

No sería justo omitir en esta breve crónica el extraordinario interés de la ilustración gráfica de los monumentos. Aunque la empresa a buen seguro ha planteado todo tipo de dudas editoriales sobre el formato a emplear, la solución final parece la correcta, al incluir en láminas fotográficas una selección de epígrafes que por su tipología o por la trascendencia de su texto merecerían individualizarse, dejando para las *bratteolae* el catálogo completo de imágenes, tanto fotográficas cuando ello es posible, como dibujos o antiguas ediciones para textos perdidos.

Concebido como un proyecto a medio plazo, la aparición de este primer fascículo del nuevo CIL II evidencia la viabilidad de la reedición, materializada con un sólido respaldo institucional y económico, y constituye una buena muestra del rigor con que se está abordando tan difícil empresa. A los lectores nos queda la satisfacción de tener en nuestras manos una herramienta tan extraordinaria y la expectación ante el anunciado próximo volumen, esta vez dedicado al *conventus Cordubensis*, dentro de este mismo año.

Juan Manuel Abascal
Universidad de Alicante

J. J. CAEROLS, *Sacra vía (1 a.C.-1 d.C.). Estudio de las fuentes escritas*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1995, 283 pp.

Responde desde luego a un muy encomiable esfuerzo el hecho de que se publique sobre la *sacra vía* un libro donde se recogen y estudian las fuentes escritas, dentro de un proyecto, dirigido por J. Arce, que pretende unir los elementos que conducen al conocimiento global de una realidad más compleja. Por ello, tanto la iniciativa del director como los propósitos del autor se encaminan a un objetivo instrumental de gran utilidad, al querer ofrecer la documentación sobre un tema de tanto interés para la arqueología, la historia de las religiones y la historia *tout court* como es el de «la calle más antigua y famosa de Roma». La obra, con todo, es más que eso, pues, al menos, pueden distinguirse tres planos, desde luego perfectamente imbricados en un todo coherente. Así, en un conjunto intencionalmente único, cabe añadir, a la exposición crítica de las fuentes, una propuesta metodológica de orientación escéptica que roza el pirronismo histórico y una reseña crítica del libro de Filippo Coarelli sobre el foro romano en época arcaica¹.

I

El análisis de los textos es minucioso. Por ello mismo, algunos detalles merecen comentarios específicos. En el pasaje de Varrón, *Lingua latina*, 5, 152, que hace referencia a los *Corneta*, del comentario mismo de la p. 15 y de la nota 5 (p. 182) parece deducirse que la localización de Coarelli y la de

Richardson² son coincidentes, cuando el primero (pp. 32-33 y fig. 6) la sitúa al este de Antonino y Faustina, e incluso del llamado templo del divino Rómulo, lugar en el que localiza el templo de Júpiter Estátor, mientras que Richardson (p. 101) lo coloca entre la basílica de Paulo y el primer templo mencionado, es decir, del de Antonino y Faustina, del que quedará por tanto al oeste. La figura 48 de Richardson es explícita acerca de las consecuencias que se pueden extraer del texto de Varrón, cuando los *Corneta* aparecen situados *inter sacram viam et Macellum*. Si fuera así, ya no tendría ningún sentido, por parte de Coarelli, la defensa del recorrido que hace de la *sacra vía*. Dar por sentada la localización de Richardson vendría en contra de la teoría de Coarelli aun antes de emprender las críticas abiertas, mientras que su propia identificación sirve de apoyo a las tesis que posteriormente serán objeto de crítica, las que dirigen la continuación de la *sacra vía* hacia el noreste a partir del templo de Júpiter Estátor. En relación con el mismo texto, tampoco tiene razón J.J.C. al pretender que la forma *editum* indica la existencia de una edificación.

Al analizar otro texto de Varrón, *Lingua latina*, 5, 47, J. J. C. se centra en la crítica de dos expresiones, *sacra...feruntur* y *profecti* para intentar aminorar el efecto ritual que Coarelli atribuye a la relación entre el *auguraculum* de la *arx*, el comicio y la *sacra vía*, como parte fundamental de las ceremonias relacionadas con los orígenes de la ciudad. Que *sacra* pueda referirse a los objetos sacros no disminuye, sino que potencia, la función procesional de la *vía*. Que *profecti* tenga que entenderse en el sentido figurado puede servir precisamente para conferir a la *arx* el valor de punto de partida ideológico para la contemplación del mundo y la ciudad, como parece deducirse del mismo comentario de J. J. C., que no ofrece en este caso alternativa. La crítica analítica sirve aquí sólo para introducir matices formales, estilísticamente útiles, sin proyección histórica.

En relación con el texto de Dion Casio, LIV, 27, 3, donde se menciona la «casa pública» y la «del *rex sacrorum*», comentado en p. 31, la alternativa de Caerols de traducir *méntoi* «en cambio», y no «come consecuencia» como hace Coarelli, no altera el argumento de éste, pues indicaría que lo que Augusto hizo con su casa, que fue convertirla en pública, no lo hizo con la casa del rey de los sacrificios, que entregó a las Vestales. De todos modos, esto no deja de ser una consecuencia de lo anterior, expresa o tácita. Los mismos argumentos utilizados por Caerols en la nota 58 (p. 187) muestran cómo la distinción que él quiere ver no puede establecerse de modo rígido, pues *regia* sí puede referirse a la *domus publica* del Pontífice Máximo, que es de lo que se trata en los argumentos de Coarelli. En relación con otro texto del mismo autor (LXIX, 4, 3-4), no está tan claro que la preposición *in* haya que traducirla necesariamente «frente a», como se hace en p. 117.

Al comentar Ovidio, *Tristes*, 3, 1, 27-40, sorprende que J. J. C. trate de extraer consecuencias topográficas del uso de *ista*, en pág. 74, cuando es tan frecuente el uso enfático, admirativo o simplemente con la intención de dar la sensación de que se habla de algo ya conocido. Paralelamente, sorprende por igual que no se comente el texto de Ovidio, *Fastos*, VI, 793-4, citado por Coarelli, p. 26, sobre el templo de Júpiter Estátor, «...quam Romulus olim ante Palatini condidit ora iugi», al que dedica un interesante comentario R. Schilling en la edición de la Collection Budé (año 1993). Brevemente, puede decirse de otros textos que la enumeración de Solino no implica necesariamente la diferenciación de tres emplazamientos distintos entre la Velia, la Puerta Mugonia y la *summa sacra vía* por el hecho de que se enumeren por separado (p.

¹ F. Coarelli, *Il Foro Romano. 1. Periodo arcaico*, Roma, Quasar, 1986².

² L. Richardson, *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Baltimore-Londres, John Hopkins University Press, 1992.

121), ni que en relación con una calle se pueda marcar de un modo determinante la diferencia en *in* y *ante*. Tampoco es definitiva la traducción del Varrón «junto a la vía que hay a la izquierda», por *secundum via sub sinistra* (p. 126), ni el argumento sobre el uso de la preposición *ad* (p. 134) y de la repetición de *et*, ni el orden de palabras de p. 158.

Lo dicho no invalida globalmente el análisis de los textos comentados, cuya acumulación tiene indudable valor por sí misma, al reunirlos de modo sistemático. Sin embargo, como a veces parece criticarse la rigidez de quien pretende extraer consecuencias firmes, conviene recordar que las matizaciones son igualmente necesarias para el uso negativo como para el uso positivo de los datos cuando se van a emplear para intentar comprender el pasado remoto. Si se puede criticar el uso de *profecti* por sacar conclusiones excesivamente literales, también puede criticarse la falta de atención hacia los usos no mecánicos de un demostrativo.

II

J. J. Caerols basa su posición metodológica en el rechazo de fuentes de ambiente anticuario (p. 34), criterio que le sirve de fundamento para la descalificación. El análisis filológico y circunstancial de las fuentes permite sin duda evitar el uso superficial de las mismas. Ahora bien, el objeto del análisis tenderá lógicamente a conocer las circunstancias por las que las fuentes se acercan a la realidad, para intentar conocer determinados aspectos de ésta. Ninguna fuente antigua, ni historiográfica ni anticuaria, refleja la realidad que para nuestra interpretación es necesaria. Sin embargo, tanto la historiografía como el anticuarismo permiten conocer la realidad antigua posible y sólo un sólido cuerpo conceptual permite su interpretación histórica como parte de la evolución compleja de las sociedades humanas, que se expresan como se expresan, de acuerdo con sus propias posibilidades históricas. El análisis de las características de las fuentes debe servir para conocer más y mejor, y no sólo para descalificar lo que se haya podido conocer a través de otras formas de análisis. La descalificación siempre será posible, pues nada responde al concepto de fuente deseado. Siempre podrá emplearse el argumento de moda de la falsificación o el de la invención. Pero sólo el uso de esos anticuarios, espejo deformado de la realidad, así como el análisis de los modos de deformación empleados, dentro de sus propias condiciones de existencia, como espectadores parciales de la realidad, permite que ésta se conozca mejor, con todas las limitaciones con las que es posible conocer el pasado. Lo que se dice en sus textos constituye una realidad específica, que el ambiente anticuario transmite para permitirnos conocer mejor la antigüedad, si, frente a la credulidad ingenua, no elegimos en cambio el escepticismo devaluador que sólo lleva a la posibilidad de conocer el presente, y éste mismo sólo deformado por el violento juego de intereses que caracteriza nuestra sociedad. La historia de los orígenes de Roma se halla conformada por el escepticismo hipercrítico. Filippo Coarelli ha hecho un esfuerzo para conocer la realidad desde el análisis de los datos, literarios y arqueológicos. Naturalmente, es posible y deseable que esos datos se critiquen. El problema estriba en si el espíritu que preside determinada crítica no llevará simplemente a recuperar el pirronismo histórico de las tendencias positivistas de los primeros años de este siglo.

Sin duda, el espíritu anticuario imprime un determinado sesgo a los datos transmitidos. De ahí a pensar que por ello todo es construido o inventado hay un abismo. Lo positivo será más bien tratar de hallar cuáles son las bases sobre las que se ha elaborado el montaje anticuario y la propaganda de época augústea, del mismo modo que la utilización por Mussolini del Imperio romano no lo convierte en una invención, sino en objeto de estudio ante el que hay que analizar críticamente la

historiografía de la época. Tampoco el descubrimiento de América es una invención, a pesar de que los fastos del 92 pretendan dar una imagen deformada del mismo, ni ha dejado de existir la revolución francesa a pesar de la versión *light* que se difundió en el momento de su bicentenario. La cuestión es cómo, cuándo y por qué se «inventan» una tradición y cuáles son los elementos constituyentes de la misma. La relación entre tradición y realidad no es tan simple como para poder sacar conclusiones disyuntivas entre invención y autenticidad.

III

Con el análisis de los textos y una actitud escéptica ante el conocimiento del pasado, J. J. C. emprende una crítica de la visión de F. Coarelli del foro romano y la sacra vía, que por su parte se presenta cargada de coherencia y sentido histórico. El problema estriba en que el análisis poco articulado de los textos, sin un objetivo que pretenda alcanzar la comprensión global de los primeros siglos de Roma, sólo consigue introducir grietas en parte de los datos de la anterior coherencia, sin que desde luego dé la impresión de que su conjunto se deshaga. Ninguno de los argumentos en concreto lo consigue por sí solo y el conjunto no tiene cuerpo coherente que sirva de alternativa, sino que funciona como desagregación de datos incapaz de contraponerse por su fuerza a la interpretación totalizadora y orgánica de Coarelli.

En efecto, que hay pocos testimonios de la sacra vía larga está ya dicho (p. 18) tanto por los anticuarios mismos como por Coarelli. Ésa es la cuestión que ya conoce este autor. La vía sacra se ha quedado reducida a la memoria de los anticuarios. Pero eso no quiere decir que se la inventen en una teórica «construcción» propia de los escenarios de Hollywood. Los eruditos suelen saber cosas que el vulgo no sabe. Por eso son eruditos. Que Filippo Coarelli haya tenido que ir ampliando la calle (p. 35) sólo indica la dificultad de la situación, ante la que sin duda la posición más científica no es la de declarar la falsedad de los datos, sino la de tratar de extraer de ahí la realidad cambiante e ideologizada, sobre todo si se trata de una realidad que ha desempeñado un papel religioso y vinculada a la propia visión que los romanos se hacían de su pasado, del que, desde luego, tratan de transmitir una imagen específica, válida para consolidar sus formas permanentes y cambiantes de dominio. Ante estos datos, es evidente que nada autoriza a sacar conclusiones positivas. Pero también es evidente que, para la antigüedad, desde las fuentes disponibles, las únicas conclusiones positivas posibles son banalidades, ya que los aspectos verdaderamente interesantes de las relaciones humanas siempre aparecen manipulados y enmascarados, porque afectan a modos de dominio y a manifestaciones tan humanas de la realidad que el hombre no puede mostrarlas de modo absolutamente descarnado.

La visión global del pasado depende de los análisis concretos, sin duda, y Caerols los emprende con cuidado y detalle, pero los detalles desarrollan su potencialidad cuando ofrecen un panorama coherente del pasado. La relación entre la totalidad histórica y el dato preciso ha de ser de constante interacción, pues los méritos de los análisis minuciosos se notan más en lo positivo, cuando conducen a la afirmación del conocimiento del pasado, que cuando sólo consiguen debilitar parcialmente los apoyos de tal conocimiento. Al libro le faltaría pues la proyección hacia un objetivo que realmente demuestre que merece la pena ofrecer una alternativa a la interpretación de Coarelli.

Domingo Plácido
Universidad Complutense

J. GONZÁLEZ (Ed.): *Imp. Caes. Nerva Traianus Aug.* Sevilla, Ediciones Alfar, 1993, 328 pp. ISBN 84-7898-042-3.

La obra que reseñamos resulta de interés, por cuanto en ella se abordan diversos aspectos de la personalidad histórica de la figura de Trajano, y del contexto sociopolítico de su mandato imperial.

El volumen está integrado por diez aportaciones, la primera de las cuales a cargo de J. Beltrán Fortes y M.^a L. Loza Azuaga, se dedica a la iconografía del retrato de Trajano, haciéndose un recorrido por la retratística del emperador circunscribiéndose en lo posible al ámbito de la escultura de bulto redondo. Por su parte C. Castillo ofrece una síntesis sobre la relaciones de la familia de Trajano, y de la amistad con otros senadores de su tiempo, haciéndose especial referencia a *M. Ulpius Traianus* y las mujeres de la casa del emperador, así como a los senadores hispanos amigos de Trajano, y a los senadores de origen bético en Tibur.

Sobre el culto imperial en la época de Trajano, se centra la contribución de R. M.^a Cid López, abordándose la teología jupiteriana y la veneración del *optimus princeps*, así como las innovaciones en el culto imperial, los homenajes a Trajano en Oriente y Occidente, y el culto a los *divi*. De interés resulta el trabajo de L. A. Curchin «Local elites in Baetica in the time of Trajan», y de F. Chaves Tristán sobre la amonedaación de Trajano, en el que se expone en primer término, los elementos de las monedas trajanas (tipología, leyendas, metales y metrología), y las monedas y finanzas; también se tienen en cuenta aspectos sobre moneda y política, y sobre la ceca en época de Trajano (organización de la ceca, y valoración de las emisiones y su volumen).

A las revueltas judías en tiempos de Trajano dedica su comunicación L. García Iglesias, quien lleva a cabo un recorrido sobre los diversos movimientos al respecto de Cirenaica, Egipto, Chipre, Mesopotamia y Palestina, analizando sus motivaciones y las consecuencias a que dieron lugar. Por otro lado, y en relación a la guerra pártica, se refiere el texto de J. González, estableciéndose a pesar de que como se indica las fuentes literarias son escasas, las líneas generales del desarrollo de dichas campañas. Por su parte el prof. D. Plácido Suárez, centra su aportación en la imagen del emperador como *optimus princeps*, poniendo de manifiesto cómo el autor más significativo como exponente de todo el ropaje ideológico que envolvía la época y la figura de Trajano, es sin duda Plinio el Joven, «sobre todo en el *Panegirico* dedicado al emperador, modelo del género, tanto por el estilo como por la capacidad de elaboración que revela la eficacia de los métodos propagandísticos de la época». También forma parte del volumen que reseñamos, las contribuciones de R. Teja y J. J. Ventura Martínez; en la primera de ellas se aborda el tema de la política de Trajano para con los cristianos, tratándose fundamentalmente la carta de Plinio, datada en el otoño-invierno del 110-111 o del 112-113, y el escudo rescripto de Trajano; a su vez y en un contexto netamente arqueológico, se enmarca el trabajo de J. J. Ventura Martínez sobre la *Italica* trajanea, en el que tras exponerse el marco geográfico, la historia de la investigación y una síntesis histórico-arqueológica, se pasa a analizar la urbanística e infraestructuras (red viaria, red de saneamiento, abastecimiento de agua, murallas), la arquitectura, (teatro, anfiteatro, termas, casas, etc.), necrópolis, decoraciones arquitectónicas, escultura y artes industriales.

Finalmente con dos apéndices sobre «Inscripciones de Trajano recogidas en el *Année Epigraphique* entre 1888-1987» a cargo de M.^a A. Fernández Contreras, y «Bibliografía selecta sobre Trajano tomada del *Année Philologique*, años 1973-1989» realizado por R. Oliva Ramírez, se cierra esta obra que viene a representar, sin duda, una valiosa aportación sobre la figura histórica del emperador de origen hispano, Trajano.

G. Carrasco Serrano
Universidad de Castilla-La Mancha

H. BROISE, Y. THÉBERT: *Recherches archéologiques franco-tunisiennes à Bulla Regia. II. Les Architectures. I. Les Thermes Memmiens. Étude architecturale et histoire urbaine.* Collection de l'École Française de Rome 28/II. Roma 1993, 443 pp., 393 figs., VI pl.

Varios factores contribuyen a hacer de Bulla Regia uno de los yacimientos más importantes del territorio tunecino: su situación en las grandes llanuras del Medjerda, mencionadas por Polibio, Tito Livio y Apiano, su amplitud cultural y cronológica desde tiempos púnicos hasta época árabe, y sobre todo la monumentalidad de los edificios y la originalidad de las casas de época romana. Las excavaciones comenzadas en el siglo XIX pusieron al descubierto varias necrópolis libio-púnicas y una pequeña parte de la ciudad romana convertida en colonia por Adriano. Pero la extensión y las características de los vestigios romanos de este importante yacimiento del Africa Proconsular han hecho que las investigaciones continúen y que los resultados vayan llegando en forma de publicaciones monográficas y de diversos artículos.

La monografía objeto de recensión está dedicada a uno de los muchos edificios de esta interesante ciudad: las termas construidas entre 220 y 240 por *Iulia Memmia*, según consta en una inscripción, aunque su ocupación continuó después de haber dejado de ser en época bizantina un balneario. Los autores han llevado a cabo un estudio arquitectónico exhaustivo, en el que no faltan las referencias historiográficas de las investigaciones, que ocupa todo el capítulo I, con inclusión de los dibujos y fotografías realizados en el siglo pasado y de un anexo, inserto al final del libro, en forma de dossier fotográfico de los trabajos efectuados en los años cincuenta. Los cuatro capítulos siguientes se ocupan de la descripción de las distintas partes del edificio: fachada, *frigidarium*, gimnasios, *tepidarium*, *praefurnium*, *detrictarium*, así como del monumento helenístico anterior a la construcción de las termas o del criptopórtico añadido hacia el 360-365. Es de destacar la magnífica documentación gráfica de planos y alzados que acompaña a la descripción, de forma especial el plano IV que muestra la apariencia externa del monumento «semi-simétrico» articulado en volúmenes geométricos. Asimismo tiene un gran interés el análisis realizado por P. Arnould sobre los restos del combustible empleado para calentar el *detrictarium*, que confirma el uso, bien atestiguado en las fuentes, de madera y ramas de olivo procedentes de la poda, así como de productos residuales de la prensa del aceite. El estudio se completa con tres capítulos más, dedicado el VIII a las técnicas de construcción, con el empleo de mármol tanto en el interior como en el exterior del edificio, la circulación del agua y la forma de calentamiento; el IX que constituye un análisis histórico del yacimiento a través de las inscripciones, las fuentes literarias y los restos urbanísticos desde época numídica hasta la árabe; y el X sobre la tipología del edificio dentro del contexto urbano del barrio y de la ciudad de Bulla Regia. Los autores han contado además con la colaboración de varios especialistas: R. Hanoune se ha encargado del estudio de los pavimentos musivos, de escaso interés iconográfico ya que, a excepción de la escena del laberinto, todos ofrecen una decoración bien conocida de tipo geométrico o floral; C. Vivert-Guigue de las pinturas parietales, que se encuadran dentro de la ortodoxia tipológica de las provincias africanas; H. R. Baldus hace el estudio de las monedas, cuya cronología va del siglo IV-III a.C. hasta el 355-361 d.C.

En cuanto a los resultados de la investigación quizás el aspecto más destacable en las termas Memmianas, y en ello insisten los autores, sea su contribución a definir la arquitectura termal romana a través de unos elementos arquitectónicos que, como el amplio pórtico de entrada animado con un juego de arcadas, sirven de espacio de transición entre lo de

fuera y lo de dentro, articulando dos estéticas distintas como son la fachada y la decoración desarrollada en el interior del edificio, sin que exista una ruptura exterior-interior. Por otra parte, el programa decorativo de las termas no permite sostener la hipótesis de los autores acerca de los símbolos escultóricos del *frigidarium* o del *caldarium* en relación con *sodalitates*, ya que, de ser así, la decoración de los pavimentos y de las paredes no sería amorfa, como de hecho lo es, sino que hubiera completado esa lectura con imágenes narrativas. Finalmente, dentro del panorama general del yacimiento, las termas Memmianas constituyen un ejemplo más de la transformación que sufrió la colonia romana en época bizantina.

G. López Monteagudo
Centro de Estudios Históricos. CSIC

S. GOZLAN, con la colaboración de A. BOURGEOIS, *La Maison du Triomphe de Neptune à Acholla (Botria, Tunisie). I- Les Mosaïques*, (Collection de L'École Française de Rome 160. Recherches d'Archéologie Africaine publiées par l'Institut National d'Archéologie et d'Art de Tunis), Roma 1992, 308 pp., XCIII láms. y 72 figs.

El hallazgo de la Casa del Triunfo de Neptuno en *Acholla* se remonta a los últimos meses de 1953, año en el que una primera excavación puso al descubierto una parte de la casa. Aunque no se ignoraba que en el ángulo noroeste existían dependencias, también con mosaicos, simétricas a las del ángulo sudoeste, cuyos pavimentos fueron tras dos décadas publicados por S. Gozlan (*Les pavements en mosaïques de la Maison de Neptune à Acholla-Botria (Tunisie)*, *Mon Piot*, 59, 1974, pp. 71-135), los trabajos de excavación con el fin de publicar todo el conjunto arquitectónico y pavimental no se reanudaron hasta 1979, procediéndose durante las campañas llevadas a cabo hasta 1982 a la extracción de todos los mosaicos y a la realización de sondeos estratigráficos.

Transcurridos varios años desde entonces, es en la actualidad, no obstante, cuando por fin salen a la luz los resultados completos de estos trabajos, exponiéndose en el presente volumen el estudio de los mosaicos y de los elementos que justifican su datación; mientras un segundo tomo será consagrado al estudio arquitectónico del edificio, al análisis de los niveles de ocupación y a los restos de decoración pictórica.

Como objetivos primordiales de esta monografía, la autora se centra en presentar la descripción precisa de los pavimentos, en algunos casos ya muy deteriorados, analizar la lógica de su colocación y emplazamiento y distinguir eventualmente en los detalles de realización la mano de equipos u obreros diferentes. Siendo como son generalmente ornamentales, el análisis de los esquemas ocupa la mayor parte de este estudio, aportando indicaciones sobre la historia del mosaico. Se citan series próximas geográfica y estilísticamente, que permiten distinguir familias y hábitos de escuelas o talleres, constatando que frecuentemente los motivos decorativos comportan aquí cabezas de serie, así como la coexistencia de líneas ligeras y sobrias en estancias modestas y ricas en salas de recepción.

A modo de introducción, en un breve apartado dedicado al conjunto arquitectónico (pp. 1-9) figuran condensadas las diferentes partes de la casa. Gracias al excelente estado general de los mosaicos, el plano de la casa, cuyos elementos arquitectónicos aparecen mal conservados, figura claro. Se trata de una casa con peristilo en la cual las piezas se ordenan alrededor de un gran espacio inferior descubierto, rodeado de pórticos. La implantación de una necrópolis, que se advierte en la parte occidental, en el siglo V o VI, confirma que

la casa estaba situada en la proximidad de un límite de la ciudad en el momento de la mayor extensión de ésta. No sólo sus dimensiones sino también su decoración, que, además de los mosaicos, incluía pinturas y estucos, es un fiel indicador de que se trataba de una mansión lujosa.

Los mosaicos, tema central de la monografía (pp. 13-210), cubrían 1.175 m² y pavimentaban salas de recepción y apartamentos privados, así como zonas de circulación como peristilos y estancias decorativas tipo ábsides. El catálogo consta de 56 mosaicos, clasificados según una ordenación basada en el emplazamiento, piezas de acceso a salas (núms. 1-3), el peristilo y sus dependencias (núms. 4-8), piezas del ala norte (núms. 9-13), piezas del ala este (núms. 14-20), *triclínium* del ala sur (núms. 21-25), apartamentos del sudoeste (núms. 26-37), apartamentos del noroeste (núms. 38-48), *oecus* (núms. 49-55) y, por último, el mosaico parietal del ábside central orientado frente al *oecus* (núm. 56). Tras hacer referencia a la sala que pavimentaba, su situación actual, dimensiones y circunstancias del descubrimiento, se incluye una detallada descripción y un análisis del esquema y de cada motivo, con gráficos, así como su evolución particularmente en el Norte de África.

Es de resaltar, al estudiar el mosaico núm. 8, —aquel que aparecía pavimentando el ábside central semicircular IX en el *viridarium*, en el centro de la galería occidental del peristilo y de cara al *oecus* y al rectángulo del *triclínium* 6—, la identificación precisa de distintas especies de peces y crustáceos que decoran el pavimento. Además de su identificación, la autora aborda el estudio de estas especies, del cual se desprenden como principales conclusiones que todas pertenecen a la fauna marina propia de la costa, y concretamente a las correspondientes a las zonas cercanas a la orilla, de modo que el mosaísta las ha podido ver y observar y las ha representado a su tamaño real, captando detalles característicos, aunque vistas ventralmente, en una actitud que parece delatar la muerte reciente.

Respecto al *oecus*, la sala mayor y la más suntuosamente decorada, a cuyos pavimentos dedica una parte extensa del volumen, destaca el mosaico del Triunfo de Neptuno que dió nombre a la casa, para cuya descripción, especialmente de los medallones con nereidas, tritones y otras figuras relacionadas con el mundo marino, así como con pájaros, se mantiene la numeración incluida en el citado artículo de 1974, aportando un nuevo dato sobre la localización de uno de los medallones, el núm. 17, con la representación de una nereida junto a un centauro marino, que, aun sin más precisiones, sitúa en Yugoslavia, ya que, como se sabe, este pavimento se encuentra fragmentado y disperso en distintos lugares.

Al abordar el estudio de la representación del Triunfo de Neptuno, se incluye un valioso cuadro que contiene una lista de las representaciones de la «Navegación» del dios documentadas en la musivaria romana, figurando junto al lugar de procedencia y localización actual la correspondiente referencia bibliográfica. No obstante, dado el punto de vista frontal desde el que aparece representado el Triunfo en *Acholla*, el análisis se centra en los ejemplares representados según esta misma perspectiva frontal, concretamente en el otro precedente del Norte de África, el mosaico de La Chebba, en el itálico de Fano, y en los originarios de Autun y Nyon, así como en los orientales de *Seleukeia* del Eufrates y Adana; poniéndolo en relación asimismo con aquellas otras representaciones del Triunfo de *Dionysos*, vistas también de frente al espectador, como las conservadas en mosaicos de la Casa de *Tertulla* de El Djem, la Casa del Triunfo de *Dionysos* de *Antiocheia* o de Corinto; y siendo de destacar el estudio que se realiza del carro, ya que, por lo general, en las publicaciones de mosaicos con escenas del Triunfo en las que Neptuno aparece sobre un carro, la referencia a éste no sobrepasaba la mera descripción relativa a la forma de la caja, curva o recta, y, en el caso de inclusión de ruedas, el número de sus radios.

Otro apartado (pp. 211-262) se dedica a los nueve sondeos

de datación, realizados durante las campañas de 1979, 1980 y 1982 en el ala este, el ángulo noroeste y en el ángulo sudoeste. De estos sondeos se pueden extraer como principales conclusiones, en relación a la edificación de la casa y la colocación de los mosaicos, la homogeneidad de los pavimentos en su factura y estilo, sin retoques ni *hiatus*, lo cual sugiere una concepción y una colocación rápida, ligada a la construcción de la casa. El examen del material recogido en los sondeos permite además a la autora proponer una cronología bastante precisa tanto para la construcción como para la decoración del edificio. Los objetos más tardíos en el lecho de los mosaicos (lucernas Deneauve VII, *sigillata* clara A con engobe «B» y *sigillata* clara con bandas en un pequeño número) son de la mitad y del 3/4 del siglo II d.C.; mientras que se señala la ausencia de lucernas Deneauve VIII/Ennabli 12, de vasos cerrados con relieve de aplique llamados de El Aouja, así como de la vajilla común de época severiana, encontrada por el contrario en la tierra que recubría los mosaicos. Esto concuerda perfectamente con el estilo del conjunto de los mosaicos, como buen testimonio de la decoración pavimental de una espléndida casa, entre el fin del reinado de Antonino Pío o principios del de Marco Aurelio (150-170 d.C.).

Respecto al período de ocupación, la documentación, por un lado, de lucernas de la segunda mitad del siglo II y de la primera mitad del III y los platos de cerámica fina también de la primera mitad del siglo III, y por otro, la ausencia de *sigillata* clara D aparecida hacia el 300 y la escasa *sigillata* clara C permiten situar el fin de la vida en la casa y su destrucción hacia mediados del siglo III. El reducido tiempo de ocupación viene además confirmado por el excelente estado de conservación en que se hallaban los pavimentos en el momento de su descubrimiento, ya que no hay trazas de restauraciones antiguas, puesto que las degradaciones se deben a la destrucción de la casa y al estado en que fue dejado el lugar tras las primeras excavaciones de 1954. Tras su destrucción, la casa fue seguidamente recubierta por una necrópolis. En el sondeo 7 apareció un fragmento de lucerna roja paleocristiana de los siglos V-VI, lo cual sugiere una datación tardía. En cuanto a los motivos del abandono, sin trazas de incendio, la autora no cree que se trate de un fenómeno aislado y lo pone en relación con circunstancias similares en *Thysdrus*, *Hadrumentum*, *Uthina*, *Uzitta*..., lo que sugiere una crisis económica y política que habría afectado a toda la Byzacene.

En lo concerniente a la propia realización de los mosaicos, son dignas de resaltar las conclusiones de este estudio. La autora considera que, aún existiendo modelos de talleres, es evidente también que éstos son constantemente adaptados y modificados dejando una gran libertad al mosaísta, quien prefiere muy a menudo variedad y fantasía. Algunas de las anomalías observadas pueden ser explicables por el trabajo simultáneo de varios equipos de obreros sobre una misma decoración. En el tapiz núm. 1, por ejemplo, la manera de colorear los cuadrados de trenzas revela la presencia de tres equipos diferentes. En este sentido, un especialista debía estar encargado de la elaboración del cuadrículado permitiendo la distribución general del esquema y, posteriormente, siguiendo directrices globales y respetando sólo indicaciones muy generales, los equipos debieron dar rienda suelta a sus iniciativas. Sobre los tapices figurados, en particular, los medallones han sido compuestos aparte e insertos después en la trama previamente ejecutada y, a este respecto, su homogeneidad prueba que fueron hechos al mismo tiempo sobre el terreno y luego insertados.

En suma, y para concluir, se trata de una magnífica monografía con gran profusión de cuadros y excelentes láminas en la que S. Gozlan presenta con todo rigor el resultado de tantos años de trabajo dedicados a la Casa del Triunfo de Neptuno en *Acholla*,

Luz Neira Jiménez
(CSIC)

I. MODRZEWSKA, *Anfore spagnole nel Veneto. Testimonianze dei contatti commerciali Betica-Venetia*, Consiglio Nazionale delle Ricerche. Pisa, 1995. 272 pp. 53 Fig. 55 Lám.

La obra de la Dra. Modrzewska constituye un nuevo ejemplo del reciente auge que experimentan las investigaciones sobre economía de la Antigüedad en base al material anfórico. A la acertada temática, se une un buen número de datos sobre un campo tan poco conocido, como es el de la relación comercial entre dos zonas geográficas de singular protagonismo en la Antigüedad. De hecho, *Hispania* será, durante no poco tiempo, la principal provincia productora de variedades alimenticias del Imperio, de igual modo que *Italia* será la principal consumidora a todas las escalas. Sin embargo, como paradoja, los investigaciones sobre la proyección económica del material anfórico en estas provincias, no alcanza, salvo excepciones, la entidad y minuciosidad a que nos tiene acostumbrados la bibliografía francesa, alemana, suiza o británica.

Este trabajo, se inscribe en el marco de un estudio general sobre la cerámica antigua de la laguna de Venecia, desarrollada por el Comité Nacional de consulta de Ciencia y Tecnología de Bienes Culturales del *Consiglio Nazionale delle Ricerche*. Por ello, se plantea una investigación de la región, empleando tanto métodos arqueométricos (químicos, petrográficos y mineralógicos), como los propiamente arqueológicos, cuyos resultados, aplicados a un tipo concreto de material, se plasman en esta primera monografía sobre las ánforas.

El planteamiento de la obra busca integrar aspectos amplios y diversos de la investigación anfórica, como son los de la historiografía (Caps. 1), la filiación de las tipologías y los aspectos metrológicos (Cap. 2), o el estudio de los pecios (Cap. 3), donde se evidencia el importante papel de la Arqueología Subacuática en el estudio de las rutas comerciales en la Antigüedad.

A partir del Capítulo 4, la autora ofrece una visión pormenorizada, con abundantes referencias bibliográficas, sobre la presencia de contenedores hispanos en el Véneto. En estas páginas se estudian los diversos tipos anfóricos, de forma individualizada, así como las características histórico-arqueológicas de la región Veneciana. Quizá, en este empeño el índice propuesto fuera más esclarecedor agrupado con otra lógica, ya que obliga a una lectura un tanto ampulosa, al dividir el estudio de la región veneciana en varios apartados alternos, algo solapados (Caps. 4, 11 y 13). Los capítulos siguientes (5 a 10) dedicados al estudio de las diversas formas, tienen la virtud de constituir un elenco de hallazgos de gran interés para el investigador, aunque no se recojan datos cuantitativos y estadísticos referidos al número de individuos localizados. Por otra parte, las tipologías tropiezan con el eterno problema de la imprecisión en la exacta atribución a tipos morfológicos concretos, lo que se debe tanto al creciente número de variantes existentes, como a nuestro limitado conocimiento sobre las áreas de producción. En este sentido, conviene retomar como punto de partida los talleres de origen, tal y como hace la autora en varios pasajes, en los que sólo se echa de menos alguna referencia a los novedosos hallazgos en el área oscense-gaditana (Alonso Villalobos, Campano, Lagóstena, Martínez Maganto), omisiones que deben estar relacionadas con la recientísima publicación de dichos trabajos.

La Dra. Modrzewska dibuja un panorama muy interesante sobre las relaciones comerciales entre la P.Ibérica e Italia, con especial atención al origen Bético de la mayoría de contenedores localizados en el Véneto, como justifica el subtítulo del trabajo. En estos conjuntos, la presencia de ánforas de salsas de pescado y *salsamenta* alcanza una llamativa preponderancia, que viene acompañada, en muchos casos, por las olearias Dressel 20, cuyo estudio más avanzado gracias a las recientes labores del Testaccio, permiten su utilización como referente válido. El importante volumen de contenedo-

res de salazón localizados, viene a confirmar nuestras sospechas sobre la entidad de las industrias salarias en la Bética, cuyo ritmo de producción tuvo que ser constante, para satisfacer la demanda de un exigente mercado repartido por todo el Imperio. Diversos hallazgos de Francia, Suiza o Gran Bretaña, a los que se añaden ahora los datos recogidos sobre el área septentrional de Italia y zonas adyacentes, confirman este extremo.

Las rutas de comercialización propuestas son variadas, aunque la autora hace especial hincapié en la vía marítima que a través de la costa levantino-catalana, siguiendo el Midi francés, llega a la Liguria (Figs. 4, 5 y 6). Desde este punto, pueden decidirse otras alternativas, bien hacia el interior de la Italia Cisalpina, bien, vía marítima, hasta Roma. Otra posible ruta, muy bien documentada por hallazgos submarinos, es la transmediterránea. Parte del mediodía o el levante español, se encamina hacia las Baleares y, finalmente, por el Estrecho de Bonifacio, alcanza la Italia central (Figs. 3 y 6). Estos itinerarios no menosprecian la ruta directa vía Adriático o el papel redistribuidor que el Véneto ejercía sobre las provincias de *Noricum* o *Pannonia*. Sin embargo, Modrzewska no olvida la importancia que hubo de tener la comercialización interna que, a partir de puertos estratégicos del Tirreno, como *Luni* o *Pisae*, siguiendo vías fluviales o terrestres, alcanzaba el Véneto. No en vano, la densa capilaridad fluvial favoreció este traslado de productos (vía Ródano-Po), a juzgar por la «presenza dei contenitori spagnoli in tutti i territori transalpini», así como por las numerosas inscripciones de los *collegia nauturum*. Por su parte, la bien estructurada red de comunicación terrestre, a la que alude la autora, favorecía esta movilidad en todas direcciones.

En cuanto al estudio analítico de las muestras, el trabajo de Modrzewska aporta numerosos datos de interés. Sin embargo, quizá no terminen de quedar muy claros cuáles son los procedimientos seguidos en el desarrollo de los estudios arqueométricos. Las menciones relativas a la metodología son demasiado parcas, a pesar de la inclusión de referencias bibliográficas a trabajos similares (*Meeting on Ancient Ceramics*, 1993; *A. Esp. A.* 1994). Además, entre ellos, no se incluye mención alguna a las novedosas investigaciones analíticas desarrolladas sobre materiales idénticos de Ceuta, Almería y Cádiz, de los que ya han sido publicados algunos avances (Bernal Casasola, García Giménez-Martínez Maganto). Por otra parte, las ilustraciones y tablas que recogen los resultados arqueométricos (Figs. 27 a 51) resultan poco clarificadoras (ausencia de unidades de medida, imprecisiones en la nomenclatura, falta de escalas o magnitudes), especialmente para el lector no avezado en trabajos de esta índole.

Quizá, el aspecto más criticable del conjunto de la obra esté en relación con la documentación gráfica aportada. Los mapas, aunque bien ejecutados, presentan algunas lagunas, que debemos atribuir a la antigüedad de los trabajos que han servido de referencia. Este hecho es especialmente notable en los mapas que recogen los yacimientos submarinos (Figs. 4 a 6), o el relativo a los hornos de la zona gaditana (Fig. 7). Los dibujos de las diversas ánforas son extremadamente simples y su ejecución no permite conocer el interior de la pieza o el perfil del labio-asa, lo que limita la información de un objeto, al que no acompaña escala alguna. Por su parte, las fotografías son muy desorientadoras: el objeto fotografiado adopta diversas posiciones, algunas imágenes son de muy escasa nitidez y, a veces, las piezas no se disponen perpendicularmente al objetivo. En muchos casos, la escala de referencia no existe o no es bien visible y, en ocasiones, se entorpece la visión del ánfora con altos tripodes metálicos.

Finalmente, la obra resulta de ardua lectura, ya que esta edición no intercala figuras en el texto y utiliza el sistema de citas en capítulos finales, lo que obliga a acudir constantemente a otras páginas, incomodidad que se hubiera solven-

tado con la cita americana y las notas a pie de página, de más rápido acceso. Por otra parte, existen numerosas erratas tipográficas, así como algunas confusiones en la escala de las láminas o en la organización alfabética de la bibliografía, lo que denuncia la premura con que el trabajo ha sido publicado.

En resumen, la obra de Modrzewska, recoge destacadas aportaciones sobre las relaciones comerciales entre la P. Ibérica e Italia, constituyendo un excelente elenco de datos para los investigadores del mundo anfórico y de la historia económica de la Antigüedad. No cabe duda de que el trabajo es fruto de una intensa labor de estudio y documentación en la que, por desgracia, los errores de forma desvalorizan el trabajo de fondo.

Julio Martínez Maganto
Dpto. Prehistoria y Arqueología. U.A.M

J. M. BLÁZQUEZ, J. REMESAL, E. RODRÍGUEZ ALMEIDA, *Excavaciones arqueológicas en el Monte Testaccio (Roma). Memoria campaña 1989*. Ministerio de Cultura, Madrid, 1994, 220 pp. 149 figs. 12 láminas.

En este volumen se estudia en una labor sistemática, el material epigráfico recuperado durante la excavación arqueológica llevada a cabo en el Monte Testaccio de Roma en otoño de 1989. La obra que se comenta consta de una introducción con una breve historia del Testaccio y de tres capítulos, el primero y el segundo firmados por E. Rodríguez Almeida, el tercero por J. Remesal. Además contiene un apartado con índices y tablas que facilitan la labor de consulta.

El primer capítulo es introductorio al tema. Ya Cervantes, que vivió unos años en Roma, menciona el Testaccio. En el siglo XIX fue el alemán Dressel, cuyo centenario se celebró hace poco, el primero que cayó en la cuenta de la importancia excepcional del Testaccio, monte que comprende entre 45 y 55 millones de ánforas, un 12% de las cuales a partir de los Severos son de procedencia africana. El Testaccio es el único archivo fiscal que ha llegado hasta nosotros del Imperio Romano, pues las ánforas, además del sello con el nombre del productor del aceite, llevaban sobre los hombros la ficha fiscal con todos los datos pertinentes.

El contenido del capítulo segundo, consiste en el estudio de los *tituli picti*, uno de los principales focos de atención de la investigación hispana del Testaccio. Sobre los *tituli picti* y sobre los sellos, se centra el énfasis del estudio del proyecto español del Monte Testaccio.

El presente volumen es el mejor estudio paleográfico del Imperio Romano, con una cronología segura, y donde se puede seguir perfectamente la evolución de las letras y sus características en un momento determinado. Complementa los estudios hasta ahora juzgados definitivos de Mallón.

E. Rodríguez Almeida, siguiendo la línea directora de la obra, se limita a incluir un catálogo de fragmentos, sobre todo de ánforas Dressel 20, con *tituli picti*, en muy diverso estado de conservación. La mayor parte son fragmentos de ánforas béticas y una mínima de ánforas de origen norteafricano y gálico.

Los datos que proporcionan los *tituli picti* sirven para interpretar las confiscaciones de los Severos en Hispania, después de la batalla de Lyon del año 197, en la que Hispania se puso de parte del derrotado usurpador Albino. No hay tales confiscaciones, o por lo menos no se generalizaron. Sólo afectó a la flota que transportaba el aceite bético a Roma, antes en manos de particulares. Alejandro Severo volvió a entregarla a los particulares.

En el capítulo tercero, firmado por J. Remesal, se estudian 145 sellos sobre ánforas Dressel 20. Los sellos aportan información acerca de la producción de las ánforas y del aceite contenido en ellas. Y los enfoques para estudios futuros, basándose en los mismos, pueden ser de carácter arqueológico, epigráfico o económico.

Los sellos, si como sugiere el profesor Remesal, son los nombres de los productores del aceite, demuestran que en la Bética y más concretamente en la zona de Lora del Río, la propiedad estaba muy repartida, y no existían en época de la Dinastía de los Severos grandes propiedades, ni imperiales, ni de particulares. Tan sólo se conoce el *Kalendarium Vegetianum*, que por razones ignoradas pasó ya en época de Marco Aurelio a manos del Emperador. Pudo ser por donación. Las grandes familias senatoriales de época flavia-antoniniana no están mencionadas en las ánforas del Testaccio.

El objetivo prioritario que dirigió la publicación de este material epigráfico es, según el autor, la datación de un conjunto de sellos, confrontadas las dataciones consulares de los *tituli picti* con aquéllos y con los niveles artificiales de la excavación.

Como en el capítulo anterior, los sellos se presentan cada uno con su ficha técnica, la cual se ilustra con el dibujo del sello, escala unitaria 1:1.

El estudio adecuado de los *tituli picti* y sobre todo el de algunos de sus elementos, como los sellos que se catalogan en este volumen, contribuirán a plantear nuevas cuestiones sobre la historia económica, también social e incluso política del mundo romano altoimperial. Son absolutamente válidos para inferir datos acerca de las relaciones entre las provincias y la metrópoli, para la datación de los materiales.

El volumen, bien ilustrado, es una importante contribución para el estudio de la economía en la antigüedad.

F. Cordente

J. PEYRAS, preámbulo de L. MAURIN, *Le Tell Nord-est tunisien dans l'antiquité. Essai de monographie régionale*, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 537 pp. 83 figs. Paris, 1991, (Etu-des d'antiquités africaines).

La realización de este extenso trabajo de geografía histórica sobre el actual territorio nacional de Túnez, es evidentemente un proyecto sumamente interesante pero no exento de riesgos, no sólo por la extensión y por la enorme complejidad histórica del espacio y temas estudiados, sino también por la entidad y alto nivel de conocimientos que la investigación especializada en el Norte de África ofrece de los yacimientos arqueológicos tunecinos.

Por ello debemos resaltar, en primer lugar, la valentía del autor y su evidente capacidad de síntesis para elaborar y ofrecer un panorama, ordenado y sistemático, que relaciona con absoluta coherencia las características geográficas del territorio montañoso situado al Nordeste de Túnez con el devenir de la ocupación humana de ese ámbito en época antigua.

El estudio se estructura en tres grandes partes:

1º A modo de catálogo, se exponen las características físicas por regiones y comarcas naturales. También se recogen los yacimientos arqueológicos localizados hasta el presente. Dentro del esquema compositivo resulta muy interesante e innovador la inclusión sistemática de un apartado de toponimia que precede al resto de la documentación bibliográfica, geográfica e histórica. El catálogo es por tanto una magnífico ejemplo de documentación completa.

2º Posteriormente se analiza el desarrollo del fenómeno urbano en el territorio tunecino en época antigua, entre otras particularidades debemos destacar la excelente combinación

de arqueología y fuentes literarias en enclaves donde se han localizados restos arqueológicos. Para identificar las ciudades antiguas en ruinas dispersas el autor se ha guiado por un criterio metódico y lógico buscando especialmente testimonios que manifiesten la existencia de instituciones municipales o monumentos significativos dedicados a la colectividad y al desarrollo de una vida social compleja.

3º Apartado dedicado a la economía del territorio, donde se analizó fundamentalmente el fenómeno agrícola y el mundo rural. En el mismo apartado se incluyen otras actividades económicas como procesos industriales (elaboración de cerámicas a gran escala, talleres artesanales, o la elaboración de manufacturas alimentarias) y otras muestras del sector primario: actividades ganaderas, la minería y la explotación de los recursos naturales.

Para la elaboración de este trabajo no sólo se ha compeñado un buen número de datos bibliográficos que son referencias básicas de época antigua en Túnez, también se añaden los resultados de la propia prospección realizada por el mismo autor en el territorio, lo cual implica el meritorio intento de reequilibrar y actualizar, de modo unitario, los conocimientos aportados por investigadores que lo han precedido.

Entre los riesgos, antes señalados, y sin duda asumidos por el autor, en pro de una sintetización del resultado, queremos señalar la brevedad de algunos apartados históricos que, en nuestra opinión resultan demasiado parcos. Ello sucede al contemplar la escasa entidad de las referencias dedicadas al periodo preromano, donde apenas podemos reconocer qué panorama histórico y arqueológico concibe el autor del mundo indígena y de la aculturación púnica del territorio, aunque sea incluso dentro de la propia romanidad. También son excesivamente discretos los apartados dedicado al cristianismo si hemos de considerar que esa religión determinó cultura y sociedad durante un amplísimo período histórico (siglos III-VII), irradiando, a través de sus representantes eclesiásticos de renombre, su propia versión de «cristianidad» sobre el resto del Imperio.

Por todo ello nos parece que, en este meritorio trabajo, el autor ha preferido buscar los nexos comunes de la ocupación humana del territorio por encima del análisis de las distintos acontecimientos históricos, y por ello, aunque el resultado es satisfactorio, resulta limitado.

Otro problema de este trabajo es su excesiva adecuación al ámbito regional que analiza. Los datos obtenidos merecerían un adecuado paralelismo con datos procedentes de otros ámbitos del Imperio para resaltar la idiosincrasia «proconsular» y sus vinculaciones con el resto del mundo Mediterráneo en época antigua.

Por último resta felicitar al autor por la amplitud y la excelencia de su labor y suponemos que en obras sucesivas podremos seguir conociendo nuevos datos del cada vez más completo panorama histórico que presenta el Norte de África en época antigua.

Noé Villaverde Vega

P. VARENE, *L'enceinte gallo-romaine de Nîmes. Les murs et les tours*, Editions du Centre national de la Recherche Scientifique, 179 pp, 138 figs. Paris, 1992, (53ème supplement à «Gallia»).

Los trabajos arqueológicos realizados en las murallas romanas de Nîmes, han permitido al autor la elaboración de este amplio y detallado estudio sobre el trazado del recinto amurallado y de la tipología edilicia, destacando el gran número de torres contemplado.

Como sucede en la mayoría de las ciudades antiguas, los edificios modernos superpuestos en estructuras arqueológicas sólo

permiten la realización de actuaciones parciales. Esta limitación ha sido acertadamente superada por el autor quien reúne un extenso conjunto de datos dignos de ser publicados. Mucho más si tenemos en cuenta que Nîmes era en la antigüedad una de las ciudades más importantes de la Galia narbonense, y si cabe del mundo romano occidental, lo cual justifica la tarea realizada.

Por la amplitud de los resultados contenidos en este trabajo podemos afirmar que el estudio es en cierto modo precursor pues, en la documentación arqueológica que actualmente disponemos sobre el mundo romano, los recintos urbanos provinciales están aún escasamente tratados y en su gran mayoría, por las dificultades antes indicadas, únicamente de un modo muy superficial. También hemos de indicar que gran parte de la publicación que reseñamos es balance de más de 30 años de investigación arqueológica sobre el terreno, por lo cual no cabe dudar de la experiencia y la madurez de las apreciaciones aquí recogidas.

En un primer apartado el autor aborda, con minuciosidad, la descripción y la recopilación de datos objetivos, donde recoge los descubrimientos de siglos pasados y los aportados por otros investigadores que lo precedieron, sin embargo ocupan un lógico papel preponderante las exploraciones del propio autor en distintos tramos de murallas.

También destaca la evaluación realizada sobre las técnicas de construcción empleadas en el recinto, y la extensa tipología obtenida del diseño de las torres (p. 149), que convierte al recinto de Nîmes en un ejemplo excepcional de arquitectura defensiva romana. Es muy acertada la distinción jerarquizada de las tipologías de las torres en dos grandes apartados, lo cual simplifica posteriormente la creación de subtipos individualizados.

A modo de conclusión el autor destaca las características principales del recinto: por un lado su unidad como recinto concebido y mantenido desde época augustea, y por otro lado la enorme diversidad de las construcciones que la conforman, lógico resultado de una larga pervivencia del recinto amurallado, por ello suponemos que en próximos estudios se podrían valorar las aportaciones edilicias de los distintos periodos históricos que lo han conformado.

También debemos felicitar al autor por el excelente apartado gráfico que ilustra el texto con eficacia mediante dibujos de las torres y estructuras despejadas (si acaso demasiado técnicos) e incluso reconstituciones de los alzados. Es obligado mencionar la buena calidad de las fotografías. Por último destacar el acompañamiento de planimetría histórica de la ciudad de Nîmes, que nos permite reconocer el trazado y las estructuras en épocas medievales y modernas, documentación indispensable para los trabajos arqueológicos contemporáneos y los que se realicen en un futuro.

Aún alabando la publicación de este meritorio trabajo esperamos que pronto aparezcan aquellos datos complementarios que deben completar la tarea presentada. En efecto, como nos indica el autor, la presente publicación, constituye sólo una primera aportación sobre el recinto de Nîmes, estando en proyecto un segundo volumen, donde se incluirán edificios anejos al recinto amurallado y una interpretación histórica del conjunto.

Por ello aún reconociendo la aportación del presente trabajo, creemos conveniente que se profundice en algunas cuestiones que requeriría toda obra que pretenda constituirse en referencia fundamental para estudios de poliorcética romana, nos referimos especialmente a la necesidad de otorgar a la tipología descrita en las torres una valoración cronológica que debe basarse en la estratigrafía y en los materiales obtenidos tras las exploraciones.

Sólo nos queda animar la realización de nuevas publicaciones que, como en el caso descrito, nos permitan evaluar, cada vez con mayor precisión, las estructuras defensivas de época romana.

Noé Villaverde Vega

VV.AA.: *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos*. VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1993). Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza, 33. Ibiza, 1994, 164 pp.

El presente volumen recoge cinco intervenciones que en 1993 tuvieron lugar en Ibiza con motivo de las *VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, en las que se trataron diversos temas sobre la cultura cartaginesa.

En primer lugar aparece la intervención de C. G. Wagner sobre «El auge de Cartago (siglos VI-IV) y su manifestación en la Península Ibérica». Tras señalar la visión anticartaginesa impuesta por la tradición greco-latina y la ausencia de estudios sobre la presencia cartaginesa anterior a los bárquidas, analiza el imperialismo de Cartago en el Mediterráneo, prestando una atención especial a su desarrollo en la Península Ibérica, calificándola de hegemónica mediante un sistema de alianzas desiguales. Asimismo pone su atención en la ausencia de *tofets* en el extremo occidente que para el autor, al ser un fenómeno urbano, es más una cuestión de índole arqueológica que una prueba de la solidez cartaginesa.

Sobre la Liga púnica-gaditana se encarga O. Arteaga presentando una revisión del contenido conceptual del Círculo del Estrecho o fenicios occidentales, en su desarrollo socio-económico, político y cultural, y en donde la isla de Ibiza está integrada desde su fundación; igualmente resalta el papel comercial del Templo de Melqart como impulsor de esa «Liga de Gadir» como él la llama.

M. Bendala Galán, a través de las diversas tradiciones recogidas en las fuentes literarias y los restos arqueológicos de época romana, ofrece un consistente panorama del influjo cartaginés en el interior de Andalucía y de su penetración en Extremadura. Este nuevo planteamiento puede servir para revalorizar el peso que ese importante componente cultural púnico ha dejado sobre las poblaciones indígenas del Sur Peninsular, lo que, a su vez, explica su rápida romanización.

En el conjunto de estas comunicaciones merece especial mención en mi opinión la de B. Costa sobre «Ebesos, colonia de los cartagineses», en donde se analiza ampliamente el proceso formativo de la sociedad púnico-ebusitana, recalando con suficientes evidencias arqueológicas su integración en el ámbito fenicio-occidental como consecuencia de la expansión económica de Gades y de su red colonial. De gran interés es su interpretación sobre el singular texto V, 16 de Diodoro Sículo, que mezcla en un solo acontecimiento, la doble colonización semita de la isla; a esa conclusión llega analizando los procedimientos compositivos que emplea Diodoro que resume, no siempre de forma coherente, en sus fuentes de información.

Finalmente, J. Santacana i Mestre expone brevemente un debate sobre la formación de las sociedades ibéricas en Cataluña. Para ello parte de dos yacimientos concretos que forman parte de sus investigaciones, el de Aldovesta y el de Berranc dels Gáfols con evidentes contactos comerciales fenicios. Igualmente se refiere a la influencia comercial y cultural ebusitana que se manifiesta en los yacimientos de la costa central catalana. Es de destacar el interés que estas novedades tienen para comprender mejor la expansión comercial y cultural fenicio-púnica en unas zonas como las catalanas que precisamente parecían haber quedado al margen de ese proceso.

En resumen, el libro es francamente satisfactorio con interesantes aportaciones, directrices y sugerencias acerca del tema presentado, y esperamos que los encuentros que el Museo Arqueológico de Ibiza inició en 1986 con el propósito de presentar los avances realizados en nuestro país, prosigan con tanto éxito, para el bien de quienes nos dedicamos al estudio de la colonización semita.

M. Pilar San Nicolás Pedraz
UNED

J. RAMÓN: *El pozo púnico del Hort d'en Xim*. (Eivissa). Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza, 32. Ibiza, 1994, 83 pp.

Este nuevo trabajo viene a incrementar las monografías que sobre la isla de Ibiza hace años realiza el Museo Arqueológico de Ibiza. En él se dan a conocer los resultados de una excavación de urgencia efectuada en 1980, que permitió documentar un pozo o vertedero púnico en Hort d'en Xim, cerca de la ciudad.

La estructura del yacimiento indica que el pozo antes de su amortización como vertedero fue utilizado para la extracción de agua. Los materiales que en él se documentan son exclusivamente los cerámicos para uso doméstico. En el conjunto se observan dos tipos de producciones: las de importación, de las cuales destacan las ánforas centro-mediterráneas, tanto greco-italicas como púnicas norteafricanas, y las de fabricación ebusitana que son las más representativas. La correlación entre las diversas formas cerámicas es la base que ha permitido establecer la cronología del vertedero entre el 240-220 ó 210 a.C. Finalmente el análisis comparado con otros depósitos del mismo tipo del N. y O. de la bahía de Ibiza, ya publicados o en vía de estudio, permite al autor llegar a conclusiones de carácter económico y cultural de gran interés para el conocimiento rural de la isla.

En este contexto, el libro se enriquece con la contribución, recogida a título de apéndices de dos estudios. El primero relativo al análisis zooarqueológico del pozo por M. Saña, cuyos resultados se contrastan con los restos faunísticos del pozo de Sa Joveria hasta este momento inéditos, obteniendo algunas apreciaciones sobre la ganadería y alimentación de Ibiza. El segundo apéndice realizado por N. Juan Muns, contiene el estudio de la ictiofauna, representada por una sola vertebra de atún.

Igualmente debemos destacar todo el utilísimo aparato gráfico, así como el estadístico (cerámicas, restos óseos); no obstante debido posiblemente a una impericia de la imprenta nos ha privado de la fig. 1, láms. I y II correspondientes a la localización del yacimiento y de los restantes pozos.

M. Pilar San Nicolás Pedraz
UNED

J. BELTRÁN y F. GASCÓ (eds.), *La antigüedad como argumento I y II. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Junta de Andalucía, Sevilla, 1993, ISBN 84-604-9087-4, 221 pp. + 15 figs.; Sevilla, 1995, ISBN 84-605-2429-9, 250 pp. + 16 figs.

A Fernando Gascó
In memoriam

Si es cierto que la madurez de una ciencia se mide por el interés que la historia de su desarrollo suscita entre quienes la practican, podríamos decir que la arqueología española está aún en su adolescencia. En efecto, la historiografía de la arqueología española es uno de los temas que los profesionales de esta disciplina menos conocen y al que dan todavía poca importancia, considerándolo más como una afición que como una ciencia *per se*. Un simple vistazo a los planes de estudio es suficiente para demostrar el infimo lugar que ocupa, y basta ir a cualquier biblioteca o librería para confirmar la ignorancia en que sobre este asunto nos hallamos. Los únicos manuales existentes sobre historia de la arqueología en general han sido escritos por extranjeros —Stuart Piggott, Glyn Da-

niel, Bruce Trigger, Alain Schnapp—, por lo que, pese a su enorme interés, nuestra historiografía no está tratada, lógicamente, más que de forma casual (en este sentido, es curioso notar que, de todos los anticuarios españoles relevantes por su contribución a la evolución de la ciencia, dichos manuales sólo citan por lo general a Antonio Agustín). Pero hay que reconocer que tal desconocimiento de la realidad es culpa nuestra. No obstante, esta situación se ha visto paliada en los últimos años por diversos factores: la celebración del I y II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología y la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX) (Madrid, diciembre de 1988 y noviembre de 1995), centrándose el último en el tema «La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España»; la publicación de diversos trabajos sobre el tema debidos a Ricardo Olmos, Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, Gonzalo Cruz Andreotti, Fernando Wulff, Jordi Cortadella, Gloria Mora, Margarita Díaz-Andreu, entre otros; la realización de varias tesis doctorales leídas recientemente en Madrid y Barcelona, y, finalmente, la aparición de libros como los dos que aquí se reseñan.

La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía I es el resultado de un ciclo de conferencias celebrado en la Universidad de Sevilla en 1992. El conjunto de las conferencias —diez en total— trata, salvo una excepción, de Andalucía. Cronológicamente abarca desde el Renacimiento hasta nuestra época, aunque de hecho se detecta un interés mayor por estudiar los siglos XVI y XVII; temáticamente aparecen reflejados casi todos los aspectos propios de los estudios anticuaristas: coleccionismo de antigüedades, epigrafía, estudios de topografía antigua, falsificaciones, historia prerromana. Todo ello contribuye a que esta obra sea un hito importante en los estudios de historiografía de la arqueología.

En el prefacio José Beltrán y Fernando Gascó, organizadores del ciclo y responsables de la coordinación del libro, establecen con claridad el carácter de éste: se trata de un análisis de la historiografía arqueológica de Andalucía desde el siglo XVI en adelante, abarcando además el problema de la integración de las culturas no clásicas (fenicios e iberos) en los estudios sobre la antigüedad. Según los autores, en el largo camino de la investigación sobre el mundo clásico, a los griegos y romanos se les fueron añadiendo otras civilizaciones que hicieron especialmente rico el estudio sobre el pasado de Andalucía. Estos son los planteamientos que dieron origen, según los editores, al ciclo de conferencias. ¿Se cumplen tales objetivos? Veamos.

FERNANDO GASCÓ se propone estudiar el proceso de recuperación del pasado clásico en Andalucía desde el Renacimiento. En este sentido ofrece una clara visión general de las causas por las que surgió el estudio de las antigüedades en Andalucía en época renacentista y del proceso que dicho estudio siguió hasta el siglo XVIII (con un ligero salto hacia el XX con la mención a Blas Infante). Es interesante su diferenciación entre «pasado» e «historia»: esta última es objetiva y científica, mientras que el «pasado» es susceptible de ser seleccionado y, en consecuencia, manipulado. Esta sería, en su opinión, la razón de que se eligiera como objeto de estudio el glorioso pasado clásico (grecorromano) de Andalucía, ignorando el islámico y tratando sólo de forma marginal el periodo prerromano. En este sentido, sin embargo, habría que puntualizar algo que Gascó no recoge, y es que no debemos olvidar que entre los cronistas e historiadores de los siglos XVI y XVII la dominación romana de España era considerada tan nefasta como las invasiones anteriores y posteriores (Florián de Ocampo, padre Mariana). Por otra parte los monumentos medievales no fueron tan ignorados durante el XVIII como se ha pensado. Ello lo demuestra la redacción de una *Historia de la dominación de los árabes en España* por José Antonio Conde, el levantamiento y estudio de las *Antigüedades árabes de España* por Juan de Villanueva y Pedro Arnal dirigi-

dos por José de Hermsilla (magnífica edición de Delfín Rodríguez Ruiz, Madrid, 1992), o los escritos de Jovellanos relativos al gótico. Igualmente hemos de tener en cuenta que las falsificaciones granadinas de finales del XVI y de mediados del XVIII no fueron sino, en parte, un intento de igualar el valor del pasado medieval de España con el grecolatino. Podríamos decir, pues, que no se trata de un problema de selección, sino de intentar reconstruir el pasado a partir de las fuentes disponibles.

Por otra parte nos parece que habría sido útil destacar más las relaciones contradictorias entre los textos clásicos y los bíblicos sobre las fundaciones de ciudades y los problemas que para los cronistas suponía intentar compaginar ambas tradiciones (Hércules con Túbal, por ejemplo). Además extraña la omisión de lo referente al siglo XIX en la lista de eruditos a partir del siglo XVI y en los trabajos de la Real Academia de Buenas Letras. Finalmente, frente a la afirmación sobre los «sorprendentes paralelos que existen entre la biografía de Juan de Flores y el personaje de ficción, el abate Vella, descrito por L. Sciascia en *Il Consiglio d'Egitto*» (p. 18, n. 24), parece importante aclarar que el abate Giuseppe Vella no es un personaje ficticio: fue un protegido del cardenal siciliano Alfonso Airoldi, miembro de la Accademia Ercolanese, que a mediados del siglo XVIII falsificó un códice árabe con el fin de legitimar los pretendidos privilegios de la nobleza siciliana frente a la corona de Nápoles¹.

Un buen ejemplo sobre el uso del pasado lo constituye el caso de Itálica. PILAR LEÓN hace una revisión modélica de la historiografía sobre Itálica desde el Renacimiento hasta la primera mitad del siglo XX, evidenciando cómo la fama de esta ciudad no proviene de las fuentes clásicas —que apenas la mencionan— sino de los poetas y viajeros que desde el Renacimiento cantaron sus ruinas. La imagen de Itálica es conformada tanto por historiadores y anticuarios como por literatos y artistas. Sólo a partir del siglo XX (con un antecedente notable en las excavaciones de Bruna del XVIII) se observa un cambio en la exposición de la historia de Itálica, puesto que ésta se centró ya en las excavaciones realizadas de forma científica, mostrando así la autora, conscientemente o no, el cambio en el estudio de las antigüedades.

JULIÁN GONZÁLEZ analiza la epigrafía española en los siglos XV a XVII: es un trabajo interesante por los datos que aporta sobre la presencia de epígrafes españoles (falsos y auténticos) en repertorios extranjeros, aunque habría sido deseable que se extendiera al menos hasta la época de Hübner y la elaboración del *CIL* II. Sin embargo, falta en nuestra opinión la integración de los datos en su contexto histórico: se trata de una lista de recopiladores de epígrafes hispanos, con un apartado especial dedicado a Rodrigo Caro. Complemento de éste es el artículo de RAFAEL ATENCIA reivindicando la historiografía epigráfica: la utilidad de los epígrafes como documentos topográficos, su manipulación; al mismo tiempo, la necesidad de estudiar las fuentes historiográficas para determinar procedencias de epígrafes importantes por los datos que aportan sobre la historia antigua.

Por su parte, JOSÉ BELTRÁN ofrece una historiografía más crítica y contextualizada sobre el estudio de las antigüedades en Andalucía, analizando las dos tendencias existentes: los eruditos y los coleccionistas. Tras una ilustrativa introducción de carácter general (en la que trata el problema de los falsarios y sus implicaciones en la formación de una imagen negativa de la ciencia española), se centra en el caso de los eruditos, anticuarios y coleccionistas de Córdoba como punto de referencia para analizar la evolución de los estudios

anticuarios andaluces: Ambrosio de Morales y Juan Fernández Franco en el siglo XVI, Pedro Díaz de Rivas y Bernardo de Cabrera en el XVIII, los trabajos de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla en el XVIII.

El artículo dedicado a José Nicolás de Azara, escrito por MIGUEL ÁNGEL ELVIRA, sirve de bisagra entre los estudios de la Edad Moderna y la Contemporánea. La verdad es que la presencia de este estudio sobre Azara extraña en un volumen tan compacto y de tema tan definido, pues la única vinculación de Azara con Andalucía fue el envío desde Roma de una serie de vaciados de estatuas clásicas famosas como regalo para la recién creada Escuela de Dibujo de Cádiz. Además, si bien para un no iniciado este trabajo arrojará sin duda luz sobre este personaje, todavía no suficientemente conocido por los arqueólogos, habría sido deseable para los que ya le conocían previamente que el autor añadiera datos nuevos (o se centrara en aspectos menos estudiados) a los ya sabidos y publicados anteriormente.

Tres trabajos dedicados a la época prerromana, sobre fenicios, Tartessos e iberos, ocupan la última parte del libro. Su colocación en el volumen es acorde con la cronología más reciente de los estudios sobre estos temas. Como se había especificado en el prefacio, fue el estudio de la antigüedad clásica el que llevó al de otros grupos culturales marginados o ignorados por las fuentes.

Según explica JAIME ALVAR, el conocimiento sobre lo fenicio en España debería haber comenzado con la identificación hecha en el siglo XVI entre la Tarsis bíblica y Tartessos, pero este aspecto no se desarrolló en la época «quizá por tratarse de un asunto extrabíblico», dice el autor. En el XVIII proliferarán los estudios sobre inscripciones en caracteres fenicios o púnicos (Francisco Pérez Bayer, Luis José Velázquez de Velasco), pero sin ocuparse de la cultura material. A partir de finales del siglo XIX la ideología política antisemita afecta a la arqueología de manera que se produce una minimización de la importancia concedida a los fenicios como originadores de la civilización occidental en contraposición a los griegos (arios). La influencia de esta postura se muestra lógicamente en figuras como Bosch Gimpera, de formación alemana, y, por supuesto, Schulten, mientras que la reacción no aparece hasta los años cuarenta en las obras de García y Bellido y de Fernández de Castro y Pereda. Finalmente, el descubrimiento del tesoro del Carambolo y otros hallazgos llevan a Pellicer a identificar correctamente como púnicos los materiales encontrados en el Cerro del Real y en la necrópolis Laurita a principios de los años sesenta.

Una visión en parte contradictoria con la anterior es la presentada por GONZALO CRUZ ANDREOTTI y FERNANDO WULFF al tratar del tema de Tartessos. Analizan cómo una concepción nacionalista de la historia en el siglo XIX, en su búsqueda de la unidad y la pervivencia de las raíces de España a pesar de las varias invasiones y largos periodos de dominación, repara más en celtas e iberos —con ellos los celtiberos— que en otros pueblos como Tartessos. La lectura que se nos da de Schulten parece, sin embargo, sesgada, puesto que se resaltan los aspectos positivos que el investigador ofreció sobre su visión de Tartessos, pero no los muy negativos derivados de su nacionalismo de tendencia xenófoba.

El trabajo de ARTURO RUIZ versa sobre la historiografía del mundo ibérico. En primer lugar subraya el fuerte componente estético que tuvieron los primeros trabajos sobre la cultura ibérica, en concreto sobre la Dama de Elche, y cómo esta visión más propia de la Historia del Arte ha predominado hasta hace una década. Después realiza un interesante análisis de cómo el carácter nacionalista unitario o periférico ha influido en las distintas interpretaciones del mundo ibérico.

El último artículo del libro es un apéndice de JOSÉ IGNACIO BUHIGAS CABRERA y ENRIQUE PÉREZ FERNÁNDEZ dedicado (según el título) al gabinete de antigüedades que Guillermo Tyrry, marqués de la Cañada, formó en el Puerto de Santa María a mediados del siglo XVIII. Por qué se ha incluido como

¹ Cf. J. Álvarez Barrientos y G. Mora, «El final de una tradición. Las falsificaciones granadinas del siglo XVIII», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XL, 1985, pp. 188 s.

apéndice y no como un capítulo más es inexplicable, ya que en cierto modo rompe el hilo argumental del volumen. Por otra parte, salvo la breve alusión en las dos primeras páginas a la colección del marqués y el interesante inventario de sus antigüedades, el resto del artículo está dedicado a narrar pormenorizadamente la vida del marqués. Parece que hubiera sido más interesante, y habría estado más en consonancia con el espíritu general del libro, un estudio de esta importante colección de antigüedades que (contaba con el famoso sarcófago de Medina Sidonia) y de las relaciones del marqués con el conde de Caylus, a quien en 1764 envió trece láminas con dibujos de sus piezas para ser publicadas en el *Recueil d'Antiquités* que éste redactaba.

En resumen, se trata de una obra muy interesante tanto por la novedad de su concepción como por su contenido, y sin duda será de consulta obligada en futuras labores historiográficas. No obstante es de lamentar la ausencia del tratamiento de algunos aspectos básicos de la historiografía de la arqueología (que quizá se hallen contemplados en el próximo curso que los editores están organizando sobre el tema en la Universidad de Sevilla), como, en primer lugar, los avatares de la arqueología andaluza en el siglo XIX, con el tema fundamental de las misiones extranjeras (Siret, Bonsor, Paris, Engel). Por otro lado falta un capítulo dedicado a los trabajos arqueológicos, epigráficos y numismáticos de una academia tan fructífera como la de Buenas Letras de Sevilla, en especial los relacionados con el descubrimiento de Munigua a finales del XVIII. Tampoco se ha tratado con profundidad el tema de la importancia de los coleccionistas de antigüedades, tan abundantes en Andalucía: está por hacer aún el estudio de las relaciones entre anticuarios y coleccionistas españoles y europeos y las consecuencias científicas de éstas, mediante el intercambio de piezas, tratados manuscritos, cartas, etc., así como una investigación sobre el destino final de estas piezas y su inclusión en repertorios de antigüedades españoles y extranjeros, como el del p. Montfaucon y el ya mencionado del conde de Caylus².

Por lo que respecta a la segunda obra objeto de esta recensión, problemas de tiempo y espacio nos han impedido estudiarla como merece. No obstante, por su importancia intrínseca y por la necesidad de darla a conocer no podemos dejar de incluirla aquí. Nos limitaremos, pues, a exponer brevemente qué temas se tratan en ella.

La antigüedad como argumento II es el fruto de un segundo ciclo de conferencias que tuvo lugar en la Universidad de Sevilla en noviembre de 1993 y cuyo objetivo era el mismo que el expresado por los organizadores (Gascó y Beltrán) en el primer volumen: «promover y difundir estudios que ilustren la forma en que se descubrió u olvidó, preservó o destruyó la antigüedad, en especial la relacionada con Andalucía», documentando «los límites y capacidades de anticuaristas, historiadores y eruditos desde el siglo XVI en adelante» (nota de los editores). Aquí aparecen reflejados (al menos en parte) algunos de los temas cuya ausencia lamentábamos en la primera entrega: la presencia de arqueólogos extranjeros (con un trabajo de Michael Blech, del Instituto Arqueológico Alemán, sobre «Schulten y Tartessos»); el papel de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (varios); las colecciones de antigüedades (Vicente Lleó Cañal, José Ramón López Rodríguez); estudios de erudición epigráfica (Helena Gimeno Pascual) y de historiografía ilustrada relacionada con la arqueología y la historia antigua (Patricio Guinea, Fernando Wulff, V. Fombuena Filpo). Cabe destacar la conferencia-ar-

tículo de José Beltrán sobre la configuración del patrimonio arqueológico (nacional, pero con especial énfasis en el andaluz) desde el siglo XVI al XX, sobre todo por su carácter integrador de diversos aspectos tocados de forma más detallada en el resto de los textos: coleccionismo (particular y público), excavaciones, legislación sobre patrimonio, instituciones creadas para protegerlo, avances en la metodología arqueológica.

De todas formas, y ya para terminar, a nuestro parecer no queda suficientemente resaltada en el conjunto de ambas obras la especificidad de Andalucía sobre el resto del territorio peninsular por lo que respecta a los estudios clásicos. Es cierto que las condiciones iniciales con las que se contó en esta región para el estudio de las antigüedades (tradición humanista, abundancia de vestigios monumentales y restos materiales, etc.) fueron excepcionales, pero si lo que se pretende es justificar la restricción geográfica del título mediante las referencias al pasado clásico de Andalucía —y ya los editores advierten en el segundo volumen que debemos entender la reducción geográfica como «un límite convencional»—, tal limitación no queda clara sin llevar a cabo al mismo tiempo un estudio comparativo con otras zonas como Aragón o Levante, donde más o menos se dieron las mismas condiciones con parecidos resultados. Pero esperamos que no se tomen las ausencias mencionadas como una crítica quisquillosa al texto, sino como acicate para animar a los coordinadores del libro a que sigan organizando estos ciclos de conferencias, convencidas de que tanto en la historiografía arqueológica de Andalucía como en la del resto del país queda aún mucho camino por recorrer.

Gloria Mora. C.E.H. CSIC.
Margarita Díaz-Andreu. Dpto. Prehistoria.
Universidad Complutense

P. SÁEZ y S. ORDÓÑEZ (eds.). *Homenaje al Profesor Presedo*. Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones, 1994, 871 pp. (Serie Filosofía y Letras, nº178). ISBN: 84-472-0254-2

El homenaje al Profesor F. Presedo organizado por el Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla con motivo de su jubilación recoge un total de 67 trabajos sobre temas diversos de Historia Antigua, en su mayor parte relacionados con la Península Ibérica. El libro está organizado por los editores en cuatro apartados bajo los epígrafes de Oriente y Orientalizante, Grecia, Roma, el más extenso, y un último apartado de Varia, en donde se reúnen de forma heterogénea trabajos sobre Oriente, Roma, alto medievo e historiografía. Los temas tratados giran en torno a los siguientes aspectos: literatura griega y latina, religión romana, mitología y antropología, numismática, epigrafía y lingüística, aspectos sociales en el Bajo Imperio, estudios sobre el papel de la mujer romana, instituciones prerromanas y romanas, estudios de objetos arqueológicos, entre otros. La diversidad de los temas tratados responde más al magisterio del prof. Presedo, que a su dedicación científica, centrada en la arqueología de Egipto y de la protohistoria peninsular, mientras que bajo su dirección sus discípulos han trabajado sobre una amplia variedad de temas que incluyen tanto la Grecia clásica como el mundo de las instituciones de Roma. Esta diversidad temática es fruto también de la variada dedicación científica de colegas, amigos y colaboradores que han querido rendirle homenaje y que muestra, por otra parte, las diversas tendencias y enfoques que están presentes en la actual investigación de Historia Antigua. De esta forma, en el presente volumen se da cabida a gran variedad de temas sobre horizontes culturales y cronológicos diversos entre los que predominan los re-

² Véase al respecto, y como una primera aproximación al tema, G. Mora, «Las antigüedades de España. Noticias sobre la aportación española a la literatura anticuaría europea del siglo XVIII», en *El siglo que llaman ilustrado. Homenaje a Francisco Aguilar Piñal*, Madrid, 1996 (en prensa).

lacionados con la Hispania romana y el ámbito geográfico andaluz. En cierta medida, esta heterogeneidad, no sólo de temas sino también de interpretaciones y métodos, parece reflejar una de las características del Profesor Presedo mencionada en la introducción de varios trabajos presentes en este volumen: «la posición del observador frente a los objetos de conocimiento. F. Presedo no concede a las cosas —a los objetos históricos— un valor en sí mismas; no es un «anticuarista» ni un adicto al *mos philologicus*. No se deja atrapar por el texto o la ruina más o menos venerable. No concede a todas las cosas el mismo valor, y sabe además que tal valor existe sólo en virtud de la representación de la Historia que se hace el in-

vestigador, y en definitiva en virtud de su manera de estar en su propio mundo» (G. Pereira, p.852). Es de agradecer la aparición de este libro homenaje a la valiosa figura del Profesor Presedo, catedrático de la Universidad de Sevilla y miembro de varias instituciones científicas y académicas como la Real Academia de la Historia, Sociedad Española de Egiptología, Real Academia de San Fernando, Deutsches Archaeologisches Institut y Société Internationale d'Egiptologie.

Adela Cepas
CEH del CSIC